

Don Pedro Lira

ANTONIO Smith fué el genio mismo del paisaje chileno, el poeta de los crepúsculos que se apagan melancólicamente en el espejo de los Andes nevados.

Chile, por su naturaleza, tiene que ser tierra de paisajistas. Si alguna vez en pintura tenemos escuela propia, será escuela de paisaje. Nuestros pintores más interesantes y originales son paisajistas: González, Ramón Subercaseaux, Jarpa, Correa, Valenzuela Llanos, por no citar sino á unos pocos.

A parte del paisaje, que lo tienen tan variado y hermoso, los pintores chilenos, dentro del país, no encuentran otro terreno

Grez, coleccionador de cuadros y crítico agudo, que ha seguido con cariño y muy de cerca la vida de nuestros artistas, tiene en preparación la novela del artista en Chile. Será una melancólica odisea, para la cual el escritor ha encontrado este título sugestivo: **Genio sin alas.**

Hay, sin embargo, entre tanto artista malogrado, entre tanto genio sin alas, uno que ha llegado á grande altura, que ha cultivado con buena suerte, y con pasmosa fecundidad, todos los géneros,—paisaje, historia, retrato, costumbres, decoración,—uno para el cual la falta de elementos y de atmósfera propicia no han tenido fuerza, uno que ha sabido vencer la indiferencia del público, y cortar los nudos de las intrigas y las malas querencias, avanzando siempre,—dejando á su paso, como uno de esos guerreros antiguos que tan bien ha sabido pintar, muertos y heridos, odios, protestas, dudas,—avanzando sin detenerse hasta llegar á la cima, á los sesenta años, mostrándole al país y al mundo una formidable labor de artista, de la cual los críticos podrán decir esto y esto otro, pero en presencia de la cual nadie podrá dejar de admirar la fecundidad, la riqueza de la imaginación, el vigor estético, el perfecto dominio de todos los secretos y recursos del arte. Otros habrán sido más armoniosos; otros coloristas más reales é iluminados; otros,—como Valenzuela Puelma,—habrán sido más personales, lo cual en arte constituye un gran mérito. Ninguno ha sido más fecundo, más rico en ideas, más vigoroso, más dueño de la técnica pictórica, más profundamente "artista", en el sentido que los maestros italianos del Renacimiento nos hacen tener de esta palabra.

Con todo esto, mis lectores ya saben á quién vengo refiriéndome. Es á don Pedro Lira, el autor de *La fundación de Santiago*, *La mala noticia*, *Los canteros*, *Prometeo*, *Felipe II*, *Caín*, *Sisifo*, *La infancia de Giotto*, *La muerte de Colón*, y tantos otros cuadros de grandes dimensiones, en los cuales ha evocado, con pincel fácil y seguro, con imaginación poética y dramática, algo así como *La leyenda de los siglos* que Víctor Hugo evocó en imborrables versos.

Agréguese á estos cuadros,—y á otros muchos de las mismas dimensiones y del mismo género,—que son como la parte céntrica y maciza del monumento artístico elevado por don Pedro Lira, una infinidad de retratos, de paisajes y de obras de todo género. En Santiago continuó la labor de Monvoisin, retratando dos generaciones de mujeres elegantes y bonitas. Así como tenemos del maestro francés los retratos de nuestras abuelas,—con sus grandes moños y sus manos pálidas y finas, recostadas en el satén de los corpiños,—así nuestros hijos tendrán á sus madres y abuelas retratadas por el pincel elegante y vigoroso de don Pedro Lira.

Un retrato de este maestro es, para mí, una de las telas más encantadoras que en América se han pintado. El modelo fué la señora Julia Lynch de Baeza en su preciosa juventud. Se destaca, á la plena luz, vestida de blanco, sobre un cielo azul. Tiene en las manos una caja de plata cincelada. Todo es blanco y azul en ese cuadro, en el cual una joven bellísima vive con la gracia y la frescura de los veinte años.

Tiempo hace ya que don Pedro Lira pintó esa admirable nota primaveral, tan llena de juvenil ternura.

Al ver el año pasado en el Salón el retrato de don Isidoro Huneeus,—caracterizándolo con toda su varonil originalidad,—me preguntaba si el pintor de ese rostro seco y enérgico de hujonote moderno, semejante á los que pinta Lembach, sería capaz de volver á tener ese botón de rosa de la señora Lynch de Baeza, bañado en rocío y luz matutina?

Como todo, en este mundo transitorio, los artistas envejecen. La obra de la juventud no es la de la vejez. Pensaba que entre esos dos retratos estaría comprendido el curso artístico de don Pedro Lira: del amanecer fresco y luminoso al ocaso magistral y endurecido. Pero el talento suele tener la virtud de sustraerse á la presión de los años. Recordaba haber visto en París al octojenario Hebert pintando los retratos de nuestras compatriotas, las señoritas Edwards Mac-Clure, en notas que un poeta hubiese llamado prístinas.

Hay talentos que no envejecen. Volví á comprobarlo hace pocos días en el taller del mismo don Pedro Lira,—desengañándome de que hubiese envejecido,—al ver un perfil que ahí tiene de la señora María Prado de Vial, en el cual la juventud está



P. Lira.—Retrato de don Isidoro Huneeus

propicio. El paisaje es sólo una rama del arte y no la principal. Por esto los pintores se sienten mal en el país, se sienten estrechos, asfixiados, y sólo piensan en irse á Europa, en busca de "horizontes más amplios". Esta ha llegado á ser la frase consagrada.

Tienen razón. Aquí, desde la enseñanza que es defectuosa, hasta el público que es indiferente, pasando por innumerables arbitrariedades é injusticias (en fin, esto es del mundo entero), con completa carencia de elementos, los artistas solo tienen penas que pasar, y verse al fin malogrados por completo.

Me dicen que un distinguido escritor chileno, don Vicente

tan sentida como en el retrato que ya dije, pintado hace más de veinte años.

¡Guárdenos la naturaleza por largo tiempo todavía esa mano de viejo, que sabe cuando quiere manejar un pincel de joven!

En el paisaje, don Pedro Lira también ha encontrado ancho campo para su incansable y múltiple talento. La variedad parece ser su característica: ha pintado con igual fortuna,—en telas innumerables y de todo tamaño,—nuestros campos primaverales suavizados por los duraznos en flor, y la desolación de los inviernos que proyecta sobre brumas los retorcidos esqueletos de los árboles. Tiene notas ardientes de impresionista, y cuadros de bosques y ríos que recuerdan los de Harpignies, ese admirable viejo del paisaje francés, firme y rugoso, á quien Anatole France compara con los troncos de los árboles que pinta.

Don Pedro Lira es un notable pintor de cuadros de género. Este no es sólo el voto de sus compatriotas y de los americanos. Muchos de sus grandes cuadros han sido mencionados en los Salones de París; y uno de ellos,—ese trágico *Caín*, obra admirable por el colorido y la anatomía,—recibió un premio especial. Más tarde, en la Exposición de 1900, fueron premiados el *Retrato de artista* y la *Infancia de Giotto*. Don Pedro Lira es el único pintor chileno, y quizás sudamericano, fuera de concurso (*hors concours*) en París.

Así ha impuesto su nombre en el mundo del arte y nos ha dado en Chile una muestra única de capacidad y de conciencia profesionales. Es él quien nos ha dado el sentimiento más completo, en el conjunto de su labor, de una verdadera obra de arte.

Con esto ha hecho más que nadie por el arte en Chile. Y no solo con esto: en su incomparable actividad, sin disminuir el tamaño de su obra, ha encontrado tiempo para todo, para ser profesor, crítico y diarista (desde 1866 ha escrito sobre arte en los *Anales de la Universidad*, en *La Revista de Santiago* y en el *Correo Literario*; es autor de un *Diccionario* de artistas que la Universidad premió en 1902); construyó el Museo de la Quinta Normal que se inauguró con el Salón de 1883; ha sido *agua-fuertista*, el único chileno que ha cultivado esta pacienciosa y vigorosa rama del arte; es abogado. A él no se le podrá aplicar el título de la novela de don Vicente Grez:—*Genio sin Alas*,—la melancólica fórmula de casi todos los pintores chilenos. Podrá decirse de él que no ha tenido *genio*,—en el sentido que de esta palabra nos dan los grandes creadores humanos,—pero no podrá decirse que le han faltado alas.

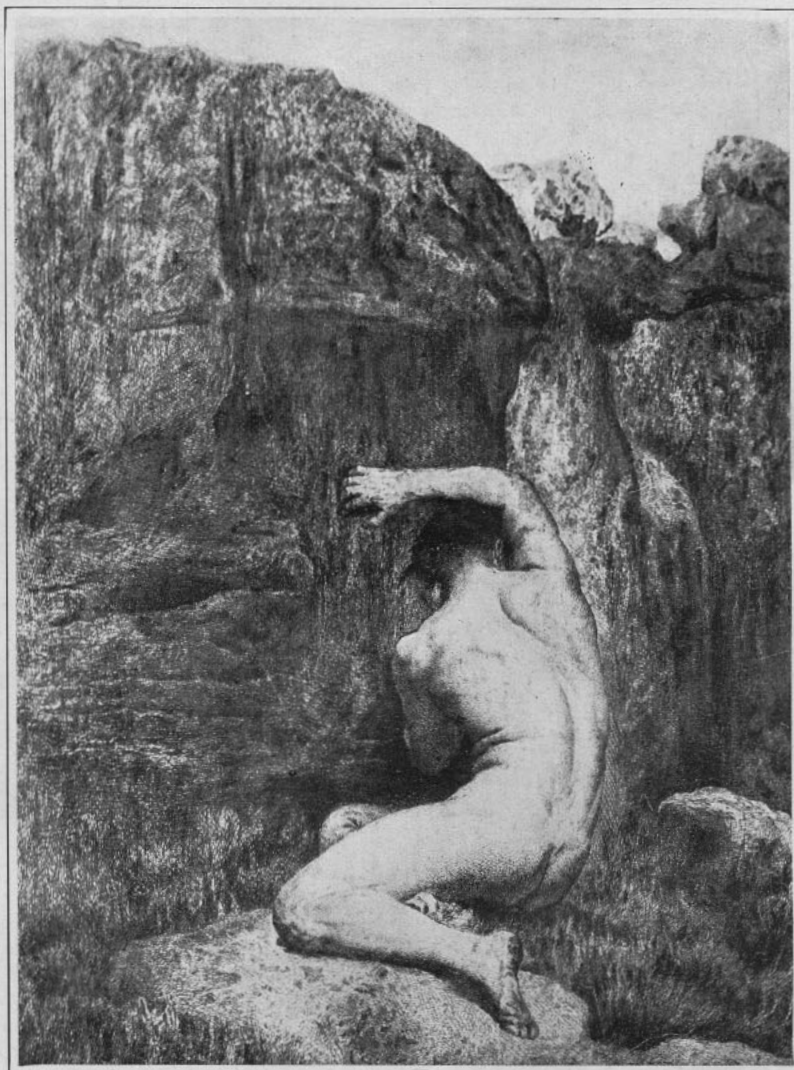
Se arguye, para justificar este enorme resultado,—en un mundo artístico tan *raté* como es el nuestro,—que don Pedro Lira ha tenido facilidades de fortuna y situación social que otros artistas han estado muy lejos de tener. Es la verdad, siempre que no contemos lo de la fortuna. Esta, don Pedro Lira la tuvo en su juventud, pero no se demoró mucho en gastarla. Como Don Juan en reparar los males de sus calaveradas, don Pedro Lira gastó toda la hacienda suya en satisfacer su pasión de artista. La gastó en vivir en París, recibiendo lecciones de Delaunay y de Luminais; y después bregando por sí solo en la capital del arte; la gastó en fomentar el arte en Chile, fundando premios, obsequiando cuadros para formar galerías (la de la Universidad Católica, por ejemplo); la gastó en la prodigalidad magnífica que presume toda gran pasión. Porque nadie en Chile ha tenido, como don Pedro Lira, una pasión por el arte más intensa y constante. A ella debe el enorme resultado obtenido, á la constancia, á la fé, á la laboriosidad, á esos únicos tesoros que no se agotan y que lo vencen todo.

Durante largos años, don Pedro Lira, por su legítima influencia, fué como un director supremo de las bellas artes en Chile. Una naturaleza como la suya, completa, vigorosa, y que tira á lo grande, ha de ser autoritaria. El ejercicio de la autoridad

consiste en fallar intereses encontrados. En cada caso se dejan descontentos que gritan "injusticia!... maldad!..." Vaya si le han gritado á don Pedro Lira; vaya si ha ido dejando enemigos á lo largo de su camino! Estos son los gajes inevitables de todo hombre poderoso. Y son mucho mayores en el mundo del arte, donde la pasión de la gloria, ó el simple amor propio, dan á las odiosidades un ardor calcinante. Recordemos qué sangriento *pandemonium* fué la Italia artística del siglo XVI. Aquí, por desgracia, no hemos tenido el esplendor de la Italia en ese siglo; pero sí tenemos los rencores inextinguibles.

Esta odiosidad inevitable ha envuelto, en ciertas épocas, la personalidad de don Pedro Lira hasta hacernos tener de ella una idea errónea; de su personalidad moral, se entiende, pues como artista nunca ha dejado de verse muy arriba y muy claro.

Yo mismo, en épocas anteriores,—escribiendo aquí y allá sobre artes y artistas,—lo juzgué mal alguna vez. ¿Tuve razón?



P. Lira.—Caín (Obra premiada en París)

Quién sabe... No es posible presumir que un hombre,—"el sér de flaquezas lleno",—no se haya equivocado nunca.

Ahora,—además del artista, conozco al hombre;—creo que, como todo sér superior que ejerce autoridad, muchas veces ha sido víctima de rencillas.

Ya se le hace justicia,—á su talento nunca ha dejado de hacerse,—ya se le saluda como al verdadero patriarca del arte en Chile, como al maestro de pincel infatigable,—siempre fácil, siempre brillante,—que al haber vivido en el Renacimiento habría llenado de frescos colosales las paredes de los templos.



FLOR SILVESTRE.—Cuadro de Don Pedro Lira